

Lucas 2:1-14 Walther

Sermón para el día de la Navidad CFW Walther

¡Señor Jesús! Cuando, hace mucho tiempo naciste en el mundo, viniste a lo tuyo, y lo tuyo no te recibió. El mundo, para salvar el cual habías venido, se quedó mudo. No hubo bienvenida, ninguna palabra de regocijo en sus labios. El ejército celestial tuvo que descender para que se celebrara tu bendito nacimiento con cantos sagrados de regocijo. ¡Pero mira! No volviste al cielo por disgusto. No viniste porque los hombres te deseaban, sino porque tú les deseabas a ellos; viniste no para buscar y salvar a los santos, sino a pecadores; no para los sanos, sino para los enfermos. Y el mensaje, “Porque hoy te ha nacido un Salvador,” debía resonar no solamente entonces, sino ser proclamado desde entonces a todas las generaciones hasta el fin del tiempo. Y sabías que millones acudirían en espíritu a tu pesebre, para adorarte y regocijarse grandemente sobre tu nacimiento.

Y así ha sucedido, Señor Jesús; el mensaje, “Porque hoy te ha nacido un Salvador,” finalmente después de 1800 años ha penetrado aun en esta última lejana tierra occidental; ha alcanzado hasta a nosotros. Aunque *nadie* te albergara hoy, *nosotros* lo haremos y diremos con voz fuerte de corazones llenos de gozo, “Ven, Salvador más querido, más amigable y más dulce. La posada que tenemos para ti es, en verdad, muy pobre; es nuestro corazón oscuro y vacío; y lo que te podemos dar es también un regalo muy miserable; no es otra cosa que la gran culpa de nuestro pecado. Pero tú naciste para entrar en corazones pecadores y para quitar el pecado. Así con confianza ardiente y feliz te decimos:

¡Oh, Salvador! Desciende a mí;
Ven, ven, y haz en mi corazón
Cunita propia para Ti,
Do Tú tendrás mi adoración.

Amigos, a quienes Dios ha amado, honrado y alegrado en gran manera:

Aquella fiesta que todos los cristianos consideran la más hermosa, más querida y más preciosa, la santa y gozosa fiesta de la Navidad, ha llegado otra vez. Durante todo el año esta fiesta echa un rayo de gozo perfecto sobre el camino del cristiano. Cada vez que comienza el año, ve a su final la santa estación de la Navidad. Allí se presenta como un salón bien iluminado, en el cual después de la labor de un año fatigoso, Dios le permite gozarse de un gusto anticipado de la eterna celebración festiva en el cielo.

Por eso, aun hoy en todos los países de la tierra millones entran en sus casas de Dios y levantan con fuerza sus voces en todos los idiomas de la tierra en salmos ardientes de alabanza. En dondequiera que se cuelga aun una sola campana de la iglesia, hoy tiene que llamar a la hueste de cristianos a la celebración festiva. Hoy el niño con paso de baile se apresura de donde ha recibido sus regalos para ir a la iglesia y canta solamente de los dones invisibles del cielo; la débil cabeza canosa con paso irregular, sin embargo con el corazón rejuvenecido con gozo, le acompaña a los atrios del Señor. Muchos miles de pobres olvidan hoy su pobreza y se sienten ricos: muchos miles de ricos olvidan hoy su riqueza terrenal y no pueden oír lo suficiente acerca de los tesoros celestiales, que Dios hoy ha manifestado al mundo entero y también a ellos. Con añoranza el enfermo, confinado a su lecho de enfermo, ve al saludable acudir a la casa de Dios. Olvida su dolor y solamente una lágrima caliente baja por sus mejillas calientes al pensar que este año no puede encontrarse en la multitud de los que celebran aquí. Sí, aun la persona que en otro tiempo es indiferente, hoy es atraído a este gozo cristiano universal. Como un río potente, este gozo los arrastra irresistiblemente, sacando hasta de sus corazones y bocas cánticos de alabanza y gozo.

Dime, ¿Qué es, qué es lo que hoy excita al mundo a regocijarse? ¿No oímos hoy a cristianos prorrromperse en aquel cántico de alabanza que los ángeles compusieron y trajeron desde el cielo a la tierra? ¿Por qué es, por qué es que hoy todos los montes y valles, en el norte y el sur, en el este y oeste, dan eco a aquel gran cántico coral universal, celestial: “*Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz, buena voluntad para con los hombres*”?

La causa de este regocijo del mundo entero es, como sabes, que hoy hace más de 1800 años nació un niño en Judea, en la ciudad de Belén, desnudo como todos los recién nacidos. La gente dijo que su padre era un carpintero con nombre de José; su madre, una pobre muchacha que se llamaba María: la casa en que nació fue un establo oscuro y deprimente; la primera cama que albergaba al niño fue un pesebre; su ropa un pañal en que lo envolvieron. Y aunque Belén era una ciudad pequeña, aun aquí nadie preguntaba por el niño; solamente unos sencillos pastores, que fueron informados de su nacimiento por algunos fenómenos poco usuales, llegaron y felicitaron a la madre por el nacimiento de este niño. Este niño parece ser el más humilde de todos los que jamás hayan nacido.

¿Es éste el nacimiento que celebramos hoy? — ¿Es posible? — ¿No tienen razón los enemigos de Cristo para reírse de la insensatez de los cristianos porque día y noche celebran un evento tan común, como el nacimiento de un niño, de hecho,

que celebran el nacimiento de un niño en un establo oscuro? — Es cierto, parece al mundo orgulloso como si nosotros los cristianos tendríamos que tener vergüenza y sonrojarnos cuando nos dicen: ¿Por qué están tan felices hoy? y luego tenemos que hablarles del establo y el pesebre y los pañales. Pero ¡pobre mundo ciego! Tiene ojos para ver solamente la grandeza pasajera, vacía, fingida del mundo; está ciego en cuanto a la gloria verdadera, celestial, eterna y divina. ¡Si pudiera ver esto, reconocería hoy como nosotros que el establo en Belén es más glorioso que todos los palacios de los poderosos de este mundo; considerarían ese pesebre más precioso que el mundo entero con todo su oro y plata; de hecho, considerarían esos pañales un ropaje más precioso que todo el esplendor con que está vestido el cielo y la tierra!

¡Bien! Qué el mundo se ríe de nosotros; nosotros mientras tanto nos hundiremos en los secretos del amor eterno de Dios, revelados hoy en Belén. Consideraremos la importancia indecible, incomparable, del nacimiento pobre y humilde de ese Niño en Belén. Qué Dios mismo nos dé ojos claros, los ojos de un niño, los ojos de la fe. Pidamos esto con oración silenciosa.

TEXTO Lucas 2:1.14

En base de esta historia, permíteme hablar con la mayor sencillez sobre

La importancia indecible del nacimiento del Niño en Belén

como se revela esta importancia en

I. La singular conmoción en el cielo y la tierra

II La maravillosa unión de Dios y el hombre; y finalmente,

III El gran propósito que ha tenido y alcanzado.

I.

Amigos, después de madura reflexión, he prometido no predicar hoy a ustedes, sino solamente a hablar con la sencillez apropiada a un niño; si me pongo a pensar solamente un poco en la importancia del nacimiento del Niño en Belén, me veo puesto en alturas vertiginosas y profundidades insondables. Tengo que admitir desde el principio que la importancia de este nacimiento es *indecible*. Aun los ángeles y arcángeles no pueden expresar adecuadamente la importancia de este nacimiento en palabras. Cuando han acabado de hablar tienen que coger sus arpas, para

al menos *alabar* lo indecible con cánticos de celestial alabanza. Así, ¿qué más podemos hacer nosotros los mortales que tartamudear?

El día del nacimiento del niño en Belén es el día más importante de la historia. El nacimiento mismo es el evento más importante que ha sucedido o que sucederá. Es el nacimiento de Jesucristo, el Hijo de Dios y el Salvador del mundo.

Si, en primer lugar, no conociéramos más de este nacimiento que la gran *conmoción* que sucedió y aún sucede en el cielo y la tierra a causa de él, tendríamos que concluir que este nacimiento tiene que ser de la importancia más incomparable e indecible.

El nacimiento de Jesucristo no sucedió a la manera humana. Fue el resultado de un decreto especial secreto que fue determinado en la eternidad en el consejo del Dios Trino. En la Biblia se llama, junto con la obra que lo originó, el *plan* eterno de Dios, para, a decirlo de esta manera, representarlo como la obra del consejo y voluntad profundo y eterno de Dios. También se llama un “misterio” que “desde la eternidad había estado escondido en Dios”, (Efe. 3:9) y que fue “revelado por el evangelio.” En otro lugar leemos: “nos escogió en él (Cristo) desde antes de la fundación del mundo” (Efe. 1:4). Cuando todavía no existía el tiempo, el mundo, ningún cielo y tierra creados; cuando todavía no se habían llamado a existir ningún hombre ni ángel, aun entonces Dios había determinado el nacimiento del Niño en Belén. Desde la eternidad, el pensamiento de permitir que esto sucediera llenó y conmovió todo el corazón de Dios. Tan eterno como lo es Dios mismo, así también es eterno su decreto de llevar a cabo lo que sucedió hace mucho tiempo en Belén. — Sin embargo, así como por causa de este nacimiento sucedió gran *conmoción* en la eternidad en el corazón de Dios, así también puso en *conmoción* al mundo entero en el período de tiempo que se finalizó antes que sucediera.

Apenas había sido creado el mundo y el hombre había caído, cuando Dios inmediatamente reveló el nacimiento del niño en Belén como un misterio de su voluntad eterna, aunque este nacimiento debería suceder 4,000 años más tarde. Dijo: “La Simiente de la mujer aplastará la cabeza de la serpiente.” (Gén. 3:15). Todos los mensajeros de Dios que fueron enviados al mundo tenían el mandato especial de proclamar este nacimiento al mundo. Todas las preparativas especiales que Dios había hecho entre los hombres tenían el propósito especial de dirigir la atención de todos los hombres a este nacimiento y prepararlos para ello. El hecho de que Dios instituyó un pacto con una nación especial, la escogió para ser suya, encomendó a ella su promesa para salvaguardarla, y la condujo como un pastor, todo esto ocurrió solamente para hacer las preparativas necesarias

para este nacimiento. Todos los actos misteriosos, las costumbres, los tipos y las ceremonias mandadas por Dios en el culto divino eran solamente retratos de aquel que entraría en el mundo en Belén. Todas las obras de la providencia divina, grandes y pequeñas, todas las condiciones de los estados en la victoria y la derrota, en la conquista y la subyugación, en el encarcelamiento y el derrocamiento de los grandes, la subida y caída de las monarquías y las repúblicas del mundo, todo esto fue preparado para el nacimiento del Niño de Belén. Esta fue la única estrella brillante de esperanza hacia la cual Dios dirigía a la humanidad desesperada. En dondequiera en los primeros 4000 años del mundo latía un corazón en que vivían la luz, el consuelo, la paz y la esperanza, todo esto fue creado solamente por la promesa del nacimiento en Belén. Fue el cumplimiento de los 4000 años del anhelo y la esperanza de todas las naciones.

Cuán grande que fue la conmoción que sucedió en el cielo y en la tierra aun antes que aconteciera, así fue grande la conmoción que causó este nacimiento cuando al fin sucedió. Sin que el poderoso César Augusto lo supiera o lo quisiera, tuvo que servir cuando Cristo nació. Conforme a la profecía, Cristo debería nacer en ese tiempo en Belén de Judea; así por la dirección de Dios el César tuvo que dar un edicto que todo el mundo fuese empadronado. A causa de este decreto María, la madre, tuvo que viajar a Belén, de modo que el nacimiento sucedió en el lugar designado y el tiempo predicho por los profetas. El mundo entero se agitó en masas en movimiento y fueron en este día de lugar en lugar. Sin sospecharlo, la causa de este mar de naciones moviéndose en este día como olas, fue el nacimiento de aquel bebido que había entrado en este mundo de manera tan quieta y secreta.

El profeta había predicho: “Porque así ha dicho Jehovah de los Ejércitos: Dentro de poco yo estremeceré los *cielos* y la tierra, el mar y la parte seca. Estremeceré todas las naciones, y vendrán los tesoros deseados de las naciones.” Hag. 2:6,7. Aun los *cielos* deberían ser conmovidos en este día. Y ¡miren! También esto sucede. Tan pronto como el bebido nace, los cielos repentinamente se partieron en la oscuridad de la noche; la noche se convirtió en día; rayos de luz celestial fluyeron desde el cielo abierto hacia la tierra; un ángel, alrededor del cual brillaba la gloria del Señor, apareció y anunció a los pastores, y así a todo el mundo dormido, aquel nacimiento que había sucedido; pero ¡miren! hay más; luego una multitud del ejército celestial del trono del Dios altísimo siguió al heraldo, alabó a Dios, felicitó al mundo, y cantó el eco en un coro de un millón de voces: “*Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz, buena voluntad para con los hombres.*”

Aun el canto navideño de los ángeles no despertó de inmediato al mundo dormido; seguía dormido, sin preocuparse por el niño recién nacido. Sin embargo, ¿qué ha pasado en los últimos 1800 años? La historia del nacimiento en Belén en la mayor humildad ha salido a todas las tierras hasta los fines de la tierra — y esta historia ha transformado el mundo. Naciones enteras y sus gobernantes se han postrado ante el pesebre. De siglo en siglo, de nación en nación millones y todavía otros millones a una voz han confesado y todavía hoy confiesan: si este niño no hubiera nacido, estaríamos completamente perdidos. Todos los investigadores declaran que el nacimiento de este niño es el objeto más imposible de ser penetrado por toda investigación humana.

¿Quién, entonces, puede terminar de hablar de la importancia de este nacimiento, que causó tanta conmoción en el cielo y en la tierra, en el corazón de Dios, entre ángeles y hombres, en la eternidad y en todos los tiempos? Tiene que ser un nacimiento único; tiene que ser indeciblemente grande.

Sin embargo, para decirlo así, solamente hemos escuchado por la puerta del cielo y después, para decirlo así, solamente hemos caminado por el mundo preguntando en todas partes por el significado del nacimiento del niño en Belén. ¡Vengan! Entremos ahora en la misma choza en donde yace el bebito, y veamos en nuestras manos al niño mismo, la luz del mundo. ¿Y qué ve allí el ojo de la fe? ¿Quién es el que, como un bebito pequeño, está acostado en el regazo de una pobre doncella? — Oh sí, tiene la forma de un niño puramente humano. No se ven rayos visibles de gloria alrededor de su rostro amigable. ¿Pero qué dice el Señor a los pastores asombrados? El ángel dijo al mundo: “El es Cristo, el Señor”, Jehová, el Dios de todo, bendito por los siglos.

¡Qué mensaje tan maravilloso! — Dios y hombre están unidos en este nacimiento; ¡Dios se ha convertido en hombre, un hombre se ha convertido en Dios!

“El eterno unido con un mortal; el Todopoderoso unido con polvo impotente; el Amor eterno casado con lo que le aborrece; el Santísimo unido con el pecador; el Creador unido con una criatura, con su criatura más necesitada y hecho como su criatura más humilde; el Señor de los Señores ante quien todos los ángeles y arcángeles tienen que ahincarse en adoración humilde se vincula con los siervos del pecado y Satanás; el que lleva todo en sus manos y ha sembrado las miles de estrellas como semillas en el firmamento se hace débil con los débiles, impotente con los impotentes, permite que sea levantado y llevado por manos pecadoras. El a quien el Padre eterno en su hoy eterno declaró ser la imagen de su esencia y la reflexión de

su gloria, uno con él en majestad divina, el Hijo verdadero del Dios vivo, el Padre eterno, se hace el bebido de un ser humano, un pariente, un hermano de los pecadores, un co-descendiente del progenitor de los hijos de la muerte, un miembro de la raza humana miserable, que privaron a sí mismos de su nobleza y se convirtieron en una abominación ante los ángeles y todas las criaturas. El, la luz eterna ante quien aun la luz del cielo es tinieblas, que vive en una luz a la cual nadie se puede acercar, desciende a nuestro mundo oscuro para hacerse un miembro de la misma familia con los que están sentados en las tinieblas y la sombra de muerte. El, a quien los cielos de los cielos no puede contener, para quien los cielos solamente le sirven como su trono y la tierra como estrado de sus pies, desciende para compartir con los habitantes del polvo sus chozas de tierra y barro. El, el único que escribe en y borra del libro de la vida, hoy permite que su nombre sea registrado en la lista de los hombres como el menor y más pobre de ellos.”

Grande es el misterio de la piedad, “Dios fue manifestado en carne.” ¿Qué mente, no diré del hombre, sino del más potente ángel, se atreverá a mirar en las profundidades de este consejo divino revelado hoy y ver el fondo? Los santos ángeles, con rostro ahincados, desean mirarlo, pero no encontrando fondo en este abismo del corazón de Dios, solamente claman en adoración: “¡Gloria a Dios en las alturas!” ¿Qué son todos los milagros que Dios jamás ha hecho comparado con este milagro: “El Verbo fue hecho carne.” ¿Qué es el milagro de la creación; qué es la estructura maravillosa del firmamento descansando sobre columnas invisibles; qué son las innumerables estrellas que viajan en un orden eterno en sus órbitas; qué es el milagro de la preservación de cada ser que vive y se mueve — qué son todas estas maravillas del poder del Todopoderoso, todos estos milagros de la sabiduría del Omnisciente, todos estos milagros de amor del que es el Amor mismo, acerca de los cuales las estrellas de la mañana alababan a Dios en la eternidad y todos los hijos de Dios clamaron con júbilo, qué son todos éstos comparados con *ese* milagro, que Dios se desvistió de su gloria divina, descendió de un trono que está *sobre* todos los cielos, tomó no solamente la forma sino la naturaleza de una criatura, una criatura que se había caído de él, se hace un hombre, un hombre en la forma de un siervo, un niño, un hermano de los pecadores?

Dime, ¿qué lenguaje tiene las palabras adecuadas para expresar la importancia de tal nacimiento? Cuando los ángeles lo habían alabado en lenguaje terrenal, se apresuraron para volver al cielo, para comenzar el cántico allí en la lengua del cielo, para que pudieran celebrar esta obra de Dios con cánticos ante su trono para siempre jamás. ¿Qué debemos, qué *podemos* hacer? No podemos hacer nada sino echarnos al polvo y adorar y

tartamudear aleluyas a aquel que para asombro de todas las criaturas hoy tomó en Belén, no la naturaleza de un santo ángel, sino, ¡misterio de misterios! ¡milagro de milagros! ¡la naturaleza de un hombre!

III

El nacimiento del Niño en Belén en circunstancias de miseria es importante también en su gran propósito final y sus resultados sumamente benditos. Es esto que ofrezco en tercer lugar para su meditación.

Cuando un hombre sabio utiliza gran riqueza y presenta un sacrificio, tiene en vista algo grande. Pero ¿quién es más sabio que Dios? ¿Qué riqueza o sacrificio puede ser mayor que enviar a su propio Hijo unigénito en nuestra carne?

¿Y qué es lo que Dios tenía en mente? En primer lugar, su honor en el cielo; en segundo lugar, la paz de todos los hombres en la tierra y la eterna buena voluntad, es decir, la felicidad de los hombres y su eterna salvación. Esto es cierto porque el ejército celestial canta sobre el pesebre: “Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz, buena voluntad para con los hombres.”

¿No contiene la verdad este himno de los ángeles? ¡Claro que sí! Al permitir que su Hijo unigénito se convirtiera en hombre, Dios ha abierto las profundidades de su divino corazón paternal. Ha revelado que él es un Dios como ninguna criatura lo podría haber sospechado; demostró que era el amor mismo, radiante en el cielo y la tierra, que rodea, cubre y contiene todo en su seno. Oh sí, el corazón frío y hueco del mundo clama al ver estos destellos divinos de amor, “¡Dios es amor!”. Pero no sabe de qué habla, porque no cree en aquel milagro en que solamente Dios ha revelado la verdadera grandeza de su amor; no cree en la encarnación de Dios en que brilla no solamente chispas o rayos, sino el sol entero del amor divino. Una vez los cielos miraban con deleite esta revelación; todas las almas de los hombres la miraron con corazones agitados; todos los ángeles y arcángeles, los querubines y serafines, y todos los tronos y poderes y dominios celestiales tuvieron que cantar el gran himno de alabanza al eterno Amor encarnado: “¡Gloria a Dios en las alturas!” Todos los creyentes y los santos se unen: algún día seguirán cantando el cántico de misericordia por los siglos de los siglos.

¿Por qué podemos y debemos también unirnos en este cántico, nosotros que todavía tenemos ojos tan oscurecidos para ver la gloria de Dios en su encarnación? Porque este milagro de amor concierne principalmente a nosotros. Significa paz en la tierra y la eterna buena voluntad, es decir, felicidad y eterna salvación.

Mira, la humildad y la miseria en las cuales este Hijo de Dios entra en nuestro mundo no es otra cosa que la culpa y la miseria de nuestros pecados que él toma sobre sí mismo. Ahora está sobre él y es quitado de nosotros. Debemos ser para siempre librados de ellas. El que el Hijo de Dios nació en un establo es de tan gran mérito que ganó para nosotros las mansiones de su casa paternal. Su acostarse en un pesebre merece para nosotros eterno descanso en el seno de Dios, su miserable pañal nos viste con el ropaje brillante de la justicia divina, su llegar a ser un niño nos hace sus hermanos e hijos de su Padre celestial, da a nosotros los hombres una nobleza que no alcanzan siquiera los ángeles; los hombres ahora son una raza real. Cuando el Hijo de Dios descendió del cielo y apareció como un ciudadano de la tierra hizo esta morada pequeña el centro del universo, el lugar favorecido de Dios sobre el cual mira con amor y buena voluntad indecible; sí, los muros del cielo ahora rodean la tierra. En breve, ya que el Hijo de Dios se bajó a nuestro nivel somos levantados del polvo al trono de la gloria de Dios.

Esto es de interés no solamente para esta o aquella persona. Si todos los hombres en ese tiempo hubieran estado en el campo, el ángel habría dicho a todos ellos, y también a nosotros, a ti y a mí, “No temáis, porque he aquí les doy buenas nuevas de gran gozo,” porque agrega, “que será para todo el pueblo.” Por esa misma razón Cristo no podía nacer en el hogar de ningún hombre individual, sino en un establo oscuro, para que nadie pudiera decir que había nacido solamente para él. Cada persona debía ver que tiene en él los mismos derechos que los demás.

Si Dios solamente hubiera *dicho* que todos los hombres deberían de ser salvos, muchos todavía podrían pensar que tenían por qué dudar que fueran incluidos. Pero ahora que el Hijo de Dios se ha hecho un hombre, cada ser humano tiene que decir: “Sí, el Hijo de Dios es también *mi* hermano. Dios se ha hecho amistad conmigo. Dios tiene que haber dejado de estar airado contra mí. Tiene que ser misericordioso aun conmigo. Dios ha de haber querido que yo también crea. El es mi Padre, y yo soy su querido hijo.”

¡Qué nacimiento tan maravilloso! Así como el sol se levanta y se pone sobre todos los hombres, los malos tanto como los buenos, los niños tanto como los ancianos, los pobres tanto como los ricos, los mendigos tanto como los reyes, así con este nacimiento en Belén el eterno Sol de la felicidad, la gracia y la salvación se ha levantado sobre todos los hombres, para nunca volver a ponerse. Así como no hay diferencia, todos son pecadores y nadie puede exonerarse, así también ahora no hay diferencia, todos son redimidos, perdonados, salvos, y nadie debe hacerse la excepción. El nacimiento de este Niño ha traído felicidad a todos los millones sobre millones que han vivido

estos últimos 6000 años y que vivirán hasta que haya nacido el último al final de los tiempos.

¿No es esto gozo? ¿Gozo para los pobres pecadores que somos?
¿Gozo sobre gozo? ¿Felicidad sobre felicidad? — Ah, mi querido hermano y hermana también redimido, no digas ya, “¿Cómo llegaré a Dios?” He aquí, Dios ha venido a ti, y por lo tanto, ya estás con él; solamente créelo, y lo experimentarás. No digas, “¿Cómo seré libertado de mis pecados?” He aquí, ya te son quitados; el Niño en Belén los ha tomado sobre sí mismo y los ha quitado de la presencia de Dios; créelo, y lo experimentarás. No digas, ¿Cómo se siente Dios hacia mí?” He aquí, Dios ya te ha dado su respuesta a esta pregunta en Belén; allí ha probado en tal forma que te ama que los ángeles claman por gozo y el infierno tiembla; allí te ha dado lo mejor y más querido que tiene, su Tesoro máspreciado, no diré del cielo, sino de su propio corazón, su Hijo unigénito.

¡Oh, que todos que hasta ahora hayan visto esto con indiferencia o desprecio hoy lo creyeran! ¡Qué benditos serían! Porque aunque miles, aunque millones han despreciado el mayor milagro del amor de Dios por 6000 años, esta fuente de gracia y salvación todavía fluye en el mismo río potente. “El que quiere, tome del agua de vida gratuitamente.” Apo. 22:17. Vengan todos, entonces, vengan todos y digan conmigo:

¡Vamos llenos de contento,
Sin tardar, a admirar
El sin par portento!
A El amemos, que nos ama;
Y su amor, el fulgor
De su estrella aclama. CC 25:3